

TOMOS	TOMOS
Curiosidades históricas..... 155 y 156	Caballero.—Pericia geográfica de Cervantes. 173
Máximas y pensamientos..... 157	Villaespasa.—El Alcazar de las perlas..... 174
Romancero popular... 158	Hernández.—El gaucho Martín Fierro..... 175
Curiosidades literarias.. 159	Fernández de Oviedo. La prisión de Francisco I en Madrid.... 176
Cartas escogidas..... 160	Capmany.—Observaciones críticas sobre la excelencia de la Lengua castellana... 177
Conocimientos útiles... 161	Romancero criollo. Relaciones y cantares... 178
Vocabulario artístico... 162	Chateaubriand.—Atala o los amores de dos salvajes en el desierto. 179
Epigramas clásicos... 163	Hartzenbusch.—Cuentos y fábulas.... 180 y 181
Chateaubriand.—Viajes. Iriarte y Samaniego.—Fábulas..... 165	J. Meléndez Valdés.—Oraciones forenses.. 182
Romancillos anónimos.. 166	Fr. Luis de León.—Odas de Horacio.... 183
Baltasar Gracián.—El Discreto..... 167	M. R. Blanco-Belmonte. Burbujas..... 184
Lope de Rueda.—Pasos y comedias..... 168	
Lope de Vega.—La moza de cántaro..... 169	
Rojas.—Del rey abajo, ninguno..... 170	
Villaespasa.—Poemas escogidos..... 171	
Sor María de Ágreda.—Leyes de la esposa.. 172	

BIBLIOTECA CLÁSICA

Colección de las obras más selectas de clásicos griegos, latinos, españoles, ingleses, alemanes, italianos, franceses, etc.

Se publica en tomos en 8.º de más de 400 páginas.

Todas las traducciones son directas del idioma en que han sido escritas las obras originales, y están hechas por personas competentes.

Precio de cada tomo: 4 pesetas en rústica.

Van publicados 264 tomos, que pueden adquirirse por subscripción, tomando los volúmenes que se deseen.

LIBRERÍA Y CASA EDITORIAL HERNÁNDEZ (S. A.)

Quintana, 21, y Arenal, 11. — MADRID

BIBLIOTECA UNIVERSAL

LETRAS

CIENCIAS ARTES

COLECCIÓN
de los
MEJORES AUTORES
ANTIGUOS Y MODERNOS
NACIONALES Y EXTRANJEROS

TOMO 175
—
JOSÉ HERNÁNDEZ
—
EL GAUCHO MARTÍN FIERRO
PRÓLOGO Y NOTAS DE
CIRO BAYO
—
MADRID
Librería y Casa Editorial Hernández (S. A.)
Calle del Arenal, núm. 11.

6

8574

Precio: 75 céntimos en toda España.

Romancero catalán.—Guerra de Cata-		
La Lira.....	46-47-48	
La Lira.....	49	
Fray Juan de la Cruz.—Poemas de	51 y 52	
Saavedra.—Oraciones		
Poesías.....	6	53
Proudhon.....	7	54
Romancero morisco....	8 y 10	55
Cervantes.—Novelas....	9	56
Herculano.—Novelas....	11	57
Espronceda.—Poesías....	12 y 19	58
Goethe.—Werther.....	13	59
Larra.—Artículos.....	14 y 15	60
Romancero caballe-		61-80-81
resco.....	16	
Tesoro de la Poesía cas-		62 y 64
tellana.....	17-18-20 22-30	
Dante.—Tasso.—Pe-		63
trarca.....	21	65
Tirso de Molina.....	23	66
Caiderón de la Barca....	24-133	67
Fray Lope de Vega....	25	El Universo en la Cien-
Zorrilla.....	26	cia.....
Quevedo.....	27-36-91-94	70
Soulié.....	28-32-43-50	Poesías inéditas de Cal-
Balzac.....	29	derón.....
Santa Teresa.....	31	71
Alarcón.....	33	Argumento de Amadis
La perfecta casada....	34	de Gaula.....
D. Ramón de la Cruz....	35 y 133	72
Moratin.....	37	Lope de Vega.—Nove-
Lope.—Nieto de Molina..	38	las.....
Castillejo.....	39	73
Schiller.—Dramas....	40-68-69	Demóstenes y Esquines.
Eusebio Blasco.—Poe-		74
sías.....	41	Fabulistas extranjeros..
Victor Hugo.....	42-44-88	75
Poesías mejicanas.....	45	Alfredo de Musset.—Las
		noches.—Poemas. 76 y 136
		Poesías asiáticas.....
		77
		Shakespeare.....
		78-82-112
		El Lazarillo de Tormes.
		79
		Leyendas y tradicio-
		nes.....
		83
		Poemas gaélicos.....
		84-85-90

6
8674
BIBLIOTECA UNIVERSAL

4
409



2152

BIBLIOTECA UNIVERSAL

COLECCIÓN DE LOS MEJORES AUTORES
ANTIGUOS Y MODERNOS, NACIONALES
Y EXTRANJEROS

TOMO CLXXV

EL GAUCHO MARTÍN FIERRO

POR

JOSÉ HERNÁNDEZ

PRÓLOGO Y NOTAS DE OIRO BAYO

MADRID

LIBRERÍA Y CASA EDITORIAL HERNANDO (S. A.)

(Fundada el año 1828.)

Calle del Arenal, núm. II.

1933

ES PROPIEDAD

Imp. de Libr. y Casa Edit. Hernando (S. A.), Quintana, 21.

EL GAUCHO MARTÍN FIERRO

El estilo gaucho poético ha revestido varias formas en la literatura argentina.

Hidalgo «fué su Homero, porque fué el primero», es el jefe de escuela, a lo Béranger o a lo Quintana, que hace hablar al gaucho de la independendia. Siguen *Ascasubi* (a) Aniceto el Gallo, que tomó por asunto el gaucho de las guerras civiles; *Estanislao del Campo* (a) Anastasio el Pollo, que pinta el gaucho semieducado en el *Fausto*, haciéndole juzgar las obras de arte según su criterio; y *José Hernández*, autor del *Martín Fierro*, en que describe el gaucho perseguido por la ley, valiente y pendenciero.

Martín Fierro, más que una obra literaria, más que una colección de cantos po-

pulares, es el estudio acabado del tipo histórico y social del gaucho argentino.

Es, sin disputa, la mejor leyenda en verso que se ha escrito en la Argentina, porque, aparte de ser la copia fiel de la vida del gaucho, está escrito en rimas acondicionadas a los arpegios de la guitarra y a la entonación del campesino.

Martín Fierro, al cantar sus desdichas, las tropelías e injusticias de que es víctima, y que le arrojan a la vagancia y al crimen, cuenta la historia de sus hermanos, sobre los que se abate el infortunio.

Martín Fierro tenía rancho, mujer, hijos y era feliz. La autoridad le arranca de su hogar en una de esas arreadas que de gauchos se hacían para el servicio de frontera, arreadas hechas ni más ni menos que como las batidas de los baguales.

La autoridad acechaba al paisanaje como a bestias, en las carreras, en los bailes, y caía repentinamente sobre los gauchos. Sin atender a súplicas ni a miramientos de justicia, los arrancaban a sus pagos y, reuniéndolos a otros tomados del mismo modo, los llevaban al servicio militar.

De esta suerte, Martín Fierro fué llevado a la frontera, al desierto, al hambre, al frío, a los peligros, a combatir contra la indiada. Llévanlo prometiéndole alimentos, ropa, paga y libertad a los seis meses de servicio. En vez de todo esto, le dan palos y *estaqueadas*, y se pasan más de tres años sin que piensen licenciarle. Desesperado, huye del puesto y vuela a su rancho, a los brazos de su mujer y de sus hijos. Pero no los encuentra.

Durante su ausencia, la pequeña hacienda que había dejado fué devorada por los acreedores y el Fisco; la mujer y los hijos, desnudos y hambrientos, se ausentaron, y el lugar donde tres años antes existía una familia feliz, es un rancho destartelado en el que maúlla un gato famélico.

Parte el corazón el relato de lo que encuentra. Pero la medida de sus infortunios no estaba aún colmada. Era desertor, se ve perseguido como vago y tiene que huir. La vida nómada que emprende respira la poesía animosa, al par que melancólica, del desierto. El aislamiento, el espacio y el silencio le inspiran, y canta la noche, la soledad y el peligro. Se hace vago y camo-

rrista, frecuente las milongas y pelea y mata; porque destruidos los lazos que le unian a la sociedad, el continuo peligro que le acosa ha despertado en él los instintos del desierto, la soledad, la independencia y el desprecio de la vida.

Martín Fierro no es un gaucho sabio, un gaucho apócrifo, de esos que nos marean con sus gracejos vulgares y con la crítica de una sociedad que no conocen; sino que es un gaucho de veras, hijo legítimo de las llanuras, nacido sobre el caballo, criado al aire libre, que tiene en alto grado todas las calidades y todos los instintos del hombre de la Naturaleza. Es jinete, pastor, poeta y nómada.

Jinete, recuerda con fuego y con brio las escenas del domador; práctico en las inmensurables sendas del desierto, es sufrido y sobrio como el árabe.

Este tipo, de una raza que va desapareciendo, empujada por la brisa de la civilización, es lo que cantó el poeta tomando la pampa como teatro y un payador valiente e indomable como protagonista. El genio de Hernández, unido al caudal de detalles de la vida del gaucho, ha conse-

guido perpetuar en el Martín Fierro el tipo original y bizarro del rey de los desiertos pampeanos.

Pero el poema de Hernández, para que sus bellezas sean aquilatadas debidamente por un lector que no sea argentino, necesita de explicaciones de ciertos términos puramente *gauchescos* o pampeanos.

Esta es la empresa que hemos acometido en este tomo de la BIBLIOTECA UNIVERSAL, en el deseo de dar a conocer algunas joyas de la literatura popular americana.

CIRO BAYO.

MARTÍN FIERRO

I

Aquí me pongo a cantar
al compás de la vigüela,
que el hombre que lo desvela
una pena extraordinaria,
como la ave solitaria,
con el cantar se consuela.

Pido a los santos del cielo
que ayuden mi pensamiento;
les pido en este momento
que voy a cantar mi historia,
me refresquen la memoria
y aclaren mi entendimiento.

Vengan santos milagrosos,
vengan todos en mi ayuda,
que la lengua se me añuda
y se me turba la vista;
pido a mi Dios que me asista
en una ocasión tan ruda.

Yo he visto muchos cantores
con famas bien obtenidas,
y que después de adquiridas
no las quieren sustentar;
parece que sin largar
se cansaron en partidas.

Mas ande otro criollo pasa
Martín Fierro ha de pasar;
nada lo hace recular
ni los fantasmas lo espantan;
y dende que todos cantan,
yo también quiero cantar.

Cantando me he de morir,
cantando me he de enterrar,
y cantando he de llegar

al pie del Eterno Padre:
dende el vientre de mi madre
vine a este mundo a cantar.

Que no se trabe mi lengua
ni me falte la palabra;
el cantar mi gloria labra,
y poniéndome a cantar,
cantando me han de encontrar,
aunque la tierra se abra.

Me siento en el plan de un bajo
a cantar un argumento;
como si soplara un viento
hago tiritar los pastos;
con oros, copas y bastos
juega allí mi pensamiento.

Yo no soy cantor letrao;
mas si me pongo a cantar,
no tengo cuándo acabar
y me envejezco cantando:
las coplas me van brotando
como agua de manantial.

Con la guitarra en la mano
ni las moscas se me arriman;
naides me pone el pie encima,
y cuando el pecho se entona
hago gemir a la prima
y llorar a la bordona.

Yo soy toro en mi rodeo ¹
y torazo en rodeo ajeno;
siempre me tuve por güeno,
y si me quieren probar,
salgan otros a cantar
y veremos quién es menos.

Nó me hago al lado de la güeya ²
aunque vengan degollando;
con los blandos yo soy blando
y soy duro con los duros,
y ninguno en un apuro
me ha visto andar tutubando.

En el peligro ¡qué Cristos!,
el corazón se me ensancha,
pues toda la tierra es cancha ³;

y de esto naides se asombre:
el que se tiene por hombre,
ande quiera hace pata ancha.

Soy gaucho y entiendaló
como mi lengua lo explica;
para mí la tierra es chica
y pudiera ser mayor;
ni la víbora me pica
ni quema mi frente el sol.

Nací, como nace el peje,
en el fondo de la mar;
naides me puede quitar
aquello que Dios me dió;
lo que al mundo truje yo,
del mundo lo he de llevar.

Mi gloria es vivir tan libre
como el pájaro del cielo;
no hago nido en este suelo
ande hay tanto que sufrir,
y naides me ha de seguir
cuando yo remonto el vuelo.

Yo no tengo en el amor
quien me venga con querellas;
como esas aves tan bellas
que saltan de rama en rama,
yo hago en el trébol mi cama
y me cubren las estrellas.

Y sepan cuantos escuchan
de mis penas el relato,
que nunca peleo ni mato
sino por necesidá,
y que a tanta alversidá,
sólo me arrojó el mal trato.

NOTAS

¹ **Rodeo.**—Junta de ganado vacuno que se hace todos los días en una estancia, para que los animales se acostumbren a un lugar o tomen querencia.

² **Güeya** (huella).—La rastrillada o pisada que señala el paso del ganado vacuno.

³ **Cancha** (pista).—Voz aplicable a todo lugar despejado propio para un deporte. Así, cancha de carreras, cancha de gallos, cancha de pelota, etc.

II

Ninguno me hable de penas,
porque yo penando vivo,
y naides se muestre altivo
aunque en el estribo esté,
que suele quedarse a pie
el gaucho más alvertido.

Junta experiencia en la vida
hasta pa dar y prestar,
quien la tiene que pasar
entre sufrimiento y llanto,
porque nada enseña tanto
como el sufrir y el llorar.

Viene el hombre ciego al mundo,
cuartiándolo ¹ la esperanza,
y a poco andar ya lo alcanzan

las desgracias a empujones;
¡qué pucha! ². ¡Que trae liciones
el tiempo con sus mudanzas!

Yo he conocido esta tierra
en que el paisano vivía
y su ranchito tenía
y sus hijos y mujer...
Era una delicia el ver
cómo pasaba sus días.

Entonces, cuando el lucero
brillaba en el cielo santo
y los gallos con su canto
nos decían que el día llegaba,
a la cocina rumbiaba ³
el gaucho, que era un encanto.

Y sentao junto al jogón
a esperar que venga el día,
al cimarrón ⁴ le prendía
hasta ponerse rechoncho,
mientras su china ⁵ dormía
tapadita con su poncho.

Y apenas el horizonte
empezaba a coloriar,
los pájaros a cantar
y las gallinas a apiarse,
era cosa de largarse
cada cual a trabajar.

Éste se ata las espuelas,
se sale el otro cantando,
uno busca un pellón blando,
éste un lazo, otro un rebenque ⁶,
y los pingos ⁷, relinchando,
los llaman dende el palenque ⁸.

El que era pión domador
enderezaba al corral,
ande estaba el animal
bufidos que se las pela...,
y más malo que su agüela,
se hacía astillas el bagual ⁹.

Y allí el gaucho inteligente
en cuanto el potro enriendó,
los cueros le acomodó

y se le sentó en seguida,
que el hombre muestra en la vida
la astucia que Dios le dió.

Y en las playas corcobiando
pedazos se hacía el sotreta ¹⁰,
mientras él por las paletas
le jugaba las lloronas ¹¹,
y al ruido de las caronas ¹²
salía haciéndose gambetas ¹³.

¡Ah tiempos!... Era un orgullo
ver jinetiar un paisano —
cuando era gaucho vaquiano ¹⁴,
aunque el potro se voliasse,
no había uno que no parase
con el cabresto en la mano.

Y mientras domaban unos,
otros al campo salían,
y la hacienda recogían,
las manadas repuntaban,
y así, sin sentir pasaban
entretenidos el día.

Y verlos al caír la noche
én la cocina riunidos,
con el juego bien prendido
y mil cosas que contar,
platicar muy divertidos
hasta después de cenar.

Y con el buche bien lleno
era cosa superior
irse en brazos del amor
a dormir como la gente,
pa empezar al día siguiente
las fainas del día anterior.

¡Ricuerdo!... ¡Qué maravilla!
Cómo andaba la gauchada,
siempre alegre y bien montada
y dispuesta pa el trabajo...;
pero al presente..., ¡barajo!,
no se le ve de aporriada.

El gaucho más infeliz
tenía tropilla ¹⁵ de un pelo,
no le faltaba consuelo

y andaba la gente lista...;
tendiendo al campo la vista
sólo vía hacienda y cielo.

Cuando llegaban las yerras,
¡cosa que daba calor!,
tanto gaucho pialador ¹⁶
y tironiador sin hiel —
¡ah tiempos!..., pero si en él
se ha visto tanto primor.

Aquello no era trabajo,
más bien era una junción,
y después de un güen tirón
en que uno se daba maña,
pa darle un trago de caña
solía llamarlo el patrón.

Pues vivía la mamajuana ¹⁷
siempre bajo la carreta,
y aquel que no era chancleta ¹⁸,
en cuanto el goyete vía,
sin miedo se le prendía
como güérfano a la teta.

¡Y qué jugadas se armaban
cuando estábamos riunidos!
Siempre íbamos prevenidos,
pues en tales ocasiones,
a ayudarles a los pionos
caiban muchos comedidos.

Eran los días del apuro
y alboroto pa el hembraje,
pa preparar los potajes
y osequiar bien a la gente,
y así, pues, muy grandemente
pasaba siempre el gauchaje.

Venía la carne con cuero,
la sabrosa carbonada,
mazamorra bien pisada,
los pasteles y el güen vino...;
pero ha querido el destino
que todo aquello acabara.

Estaba el gaucho en su pago
con toda seguridá;
pero aura..., ¡barbaridá!,

la cosa anda tan fruncida,
que gasta el póbre la vida
en juir de la autoridá.

Pues si usté pisa en su rancho
y si el alcalde lo sabe,
lo caza lo mesmo que ave
aunque su mujer aborte...
¡No hay tiempo que no se acabe
ni tiento ¹⁹ que no se corte!

Y al punto dése por muerto
si el alcalde lo bolea ²⁰,
pues ay no más se le apea
con una felpa de palos —
y después dicen que es malo
el gaucho si los pelea.

Y el loño le hinchán a golpes,
y le rompen la cabeza,
y luego con ligereza,
ansí lastimao y todo,
lo amarran codo con codo
y pa el cepo lo enderiezan.

Ay comienzan sus desgracias,
ay principia el pericón ²¹;
porque ya no hay salvación,
y que usté quiera o no quiera,
lo mandan a la frontera
o lo echan a un batallón.

Ansí empezaron mis males,
lo mesmo que los de tantos;
si gustan..., en otros cantos
les diré lo que he sufrido —
después que uno está... perdido
no lo salvan ni los santos.

NOTAS

¹ **Cuartiándolo.** — De cuartear, o caballería auxiliar del caballo de varas en un carro.

² **¡Ay, pucha!** — Síncopa de ¡ay, p...! (las cuatro letras).

³ **Rumbiaba.** — De rumbear; enderezar el rumbo o camino hacia alguna parte.

⁴ **Cimarrón.** — El mate amargo, que se diferencia del dulce en que no tiene azúcar.

⁵ **China.** — La india amiga del gaucho o criada de una familia estanciera.

⁶ **Rebenque.** — Mango con azotera de cuero, que sirve para arrear al caballo.

⁷ **Pingo.** — El caballo que estima el gaucho, por lo regular, joven y corredor.

⁸ **Palenque.** — La estaca en la que se ata una caballería o res.

⁹ **Bagual.** — Potro sin domar; caballo medio salvaje.

¹⁰ **Sotreta.** — Maula, resabiado, mañoso.

¹¹ **Lloronas.** — Espuelas grandes, por-

que parece que lloran las rodajas al mover los pies.

¹² **Caronas.** — Prendas que constituyen el *recado* o apero del gaucho. Son dos: una de cuero sin curtir y otra de suela o cuero curtido, adornada con relieves hechos a punta de cuchillo o con hierro candente.

¹³ **Gambetas.** — Corcovos, empinadas.

¹⁴ **Vaquiano** o **baqueano.** — Práctico, veterano en algún oficio o arte.

¹⁵ **Tropilla.** — Manada de caballos que sigue a una yegua *madrina*; y así, cambiando de cabalgadura recorre el gaucho grandes distancias.

¹⁶ **Pialador.** — De apialar; manear un animal.

¹⁷ **Mamajuana.** — Por *damajuana* o garrafa de vino.

¹⁸ **Chancleta.** — Bobo, poco avisado.

¹⁹ **Tiento.** — Tira de cuero sacada con el cuchillo, que sirve para atar algo en el arnés.

²⁰ **Bolear.** — Cazar o parar los pies a un animal corredor, con la *bola* perdida.

²¹ **Pericón.** — Baile nacional, como el *gato*, la *chacarera*, etc.

III

Tuve en mi pago en un tiempo
hijos, hacienda y mujer;
pero empecé a padecer,
me echaron a la frontera,
¡y qué iba a hallar al volver!;
tan sólo hallé la tapera ¹.

Sosegao vivía en mi rancho
como el pájaro en su nido —
allí mis hijos queridos
iban creciendo a mi lao...
Sólo queda al desgraciao
lamentar el bien perdido.

Mi gala en las pulperías ²
era, en habiendo más gente,
ponerme medio caliente,

pues cuando puntiao me encuentro
me salen coplas de adentro
como agua de la virtiente.

Cantando estaba una vez
en una gran diversión,
y aprovechó la ocasión
como quiso el juez de paz...
Se presentó, y ay no más
hizo una arriada en montón.

Juyeron los más matreros ³
y lograron escapar —
yo no quise disparar —
soy manso y no había por qué —
muy tranquilo me quedé
y así me dejé agarrar.

Allí un gringo ⁴, con un órgano
y una mona que bailaba,
haciéndonos raír estaba
cuando le tocó el arreo —
¡tan grande el gringo y tan feo,
lo viera cómo lloraba!

Hasta un inglés sangiador
que decía en la última guerra
que él era de Inca-la-perra
y que no quería servir,
tuvo también que juir
a guarecerse en la Sierra.

Ni los mirones salvaron
de esa arriada de mi flor ⁵ —
fué acoyarao el cantor
con el gringo de la mona —
a uno sólo, por favor,
logró salvar la patrona.

Formaron un contingente
con los que del baile arriaron —
con otros nos mesturaron
que habían agarrao también —
las cosas que aquí se ven
ni los diablos las pensaron.

A mí el juez me tomó entre ojos
en la última votación —
me le había hecho el remolón

y no me arrimé ese día,
y él dijo que yo servía
a los de la exposición.

Y así sufrí ese castigo
tal vez por culpas ajenas —
que sean malas o sean güenas
las listas, siempre me escondo —
yo soy un gaucho redondo
y esas cosas no me enllenan.

Al mandarnos nos hicieron
más promesas que a un altar —
el juez nos jué a proclamar
y nos dijo muchas veces:
«Muchachos, a los seis meses
los van a ir a revelar.»

Yo llevé un moro ⁶ de número,
¡sobresaliente el matucho!
Con él gané en Ayacucho
más plata que agua bendita —
siempre el gaucho necesita
un pingo pa fiarle un pucho ⁷.

Y cargué sin dar más güeltas
con las prendas que tenía:
jergas, poncho, cuanto había
en casa, tuito lo alcé —
a mi china la dejé
medio desnuda ese día.

No me faltaba una guasca ⁸;
esa ocasión eché el resto:
bozal, maniador, cabresto,
lazo, bolas y manea...
¡El que hoy tan pobre me vea
tal vez no creerá todo esto!

Ansí en mi moro escarciando
enderesé a la frontera.
¡Aparcero!, si usté viera
lo que se llama cantón...
Ni envidia tengo al ratón
en aquella ratonera.

De los pobres que allí había
a ninguno lo largaron;
los más viejos resongaron;

pero a uno que se quejó,
en seguida lo estaquearon⁹,
y la cosa se acabó.

En la lista de la tarde
el jefe nos cantó el punto,
diciendo: «Quinientos juntos
llevará el que se resierte;
lo haremos pitar del juerte;
más bien dése por dijunto.»

A naidas le dieron armas,
pues toditas las que había
el coronel las tenía,
sigún dijo esa ocasión,
pa repartirlas el día
en que hubiera una invasión.

Al principio nos dejaron
de haraganes criando sebo;
pero después... no me atrevo
a decir lo que pasaba —
¡Barajo..., si nos trataban
como se trata a malevos!¹⁰

Porque todo era jugarle
por los lomos con la espada,
y aunque usted no hiciera nada,
lo mesmito que en Palermo,
le daban cada cepiada ¹¹
que lo dejaban enfermo.

Y qué indios — ni qué servicio,
no teníamos ni cuartel —
nos mandaba el coronel
a trabajar en sus chacras ¹²,
y dejábamos las vacas
que las llevara el infiel.

Yo primero sembré trigo
y después hice un corral,
corté adobe pa un tapial,
hice un quincho ¹³, corté paja.
¡La pucha que se trabaja
sin que le larguen ni un rial!

Y es lo pior de aquel enriedo
que si uno anda hinchando el lomo,
se le apean como plomo...

¡Quién aguanta aquel infierno!
Si eso es servir al Gobierno,
a mí no me gusta et cómo.

Más de un año nos tuvieron
en esos trabajos duros —
y los indios, le asiguro,
dentaban cuando querían:
como no los perseguían,
siempre andaban sin apuro.

A veces decía, al volver
del campo, la descubierta
que estuviéramos alerta,
que andaba adentro la indiada,
porque había una rastrillada
o estaba una yegua muerta.

Recién entonces salía
la orden de hacer la riunión —
y cáibamos al cantón
en pelos y hasta enancaos,
sin armas, cuatro pelaos
que íbamos a hacer jabón ¹⁴.

Ay empezaba el afán,
se entiende, de puro vicio,
de enseñarle el ejercicio
a tanto gaucho recluta,
con un estrutor... ¡qué... bruta!
que nunca sabía su oficio.

Daban entonces las armas
pa defender los cantones,
que eran lanzas y latones ¹⁵
con ataduras de tiento...
Las de juego no las cuento,
porque no había municiones.

Y un sargento chamuscao
me contó que las tenían;
pero que ellos las vendían
para cazar avestruces;
y ansí andaban noche y día
déle bala a los ñanduces ¹⁶.

Y cuando se iban los indios
con lo que habían manotiao,
salíamos muy apuraos

a perseguirlos de atrás;
si no se llevaban más
es porque no habían hallao.

Allí, si se ven desgracias
y lágrimas y afliciones,
naides le pida perdones
al indio, pues donde dentra
roba y mata cuanto encuentra
y quema las poblaciones.

No salvan de su juror
ni los pobres angelitos:
viejos, mozos y chiquitos
los mata del mismo modo —
el indio lo arregla todo
con la lanza y con los gritos.

Tiemblan las carnes al verlo
volando al viento la cerda —
la rienda en la mano izquierda
y la lanza en la derecha —
ande enderiesa abre brecha,
pues no hay lanzazo que pierda.

Hace trotiadas tremendas
dende el fondo del desierto —
ansí llega medio muerto
de hambre, de sé y de fatiga;
pero el indio es una hormiga,
que día y noche está dispierto.

Sabe manejar las bolas
como naides las maneja;
cuanto el contrario se aleja
manda una bola perdida,
y si lo alcanza, sin vida
es siguro que lo deja.

Y el indio es como tortuga
de duro para espichar;
si lo llega a destripar,
ni siquiera se le encoge;
luego sus tripas recoge
y se agacha a disparar.

Hacían el robo a su gusto
y después se iban de arriba;
se llevaban las cautivas

y nos contaban que, a veces,
les descarnaban los pieses
a las pobrecitas, vivas.

¡Ah!, si partía el corazón
ver tantos males, ¡canejo!;
los perseguíamos de lejos
sin poder ni galopiar...
¡Y qué habíamos de alcanzar
en unos bichocos¹⁷ viejos!

Nos volvíamos al cantón
a las dos o tres jornadas,
sembrando las caballadas;
y pa que alguno la venda,
rejuntábamos la hacienda
que habían dejao resagada.

Una vez entre otras muchas,
tanto salir al botón,
nos pegaron un malón
los indios, y una lanciada,
que la gente, acobardada
quedó dende esa ocasión.

Habían estao escondidos
aguaitando atrás de un cerro...
¡Lo viera a su amigo Fierro
aflojar como un blandito!
Salieron como maíz frito
en cuanto sonó un cencerro.

Al punto nos dispusimos,
aunque ellos eran bastantes;
la formamos al instante
nuestra gente, que era poca,
y golpiándose en la boca
hicieron fila adelante.

Se vinieron en tropel
haciendo temblar la tierra;
no soy maneco pa la guerra,
pero tuve mi jabón,
pues iba en un redomón
que había boliao en la Sierra.

¡Qué vocerío! ¡Qué barullo!
¡Qué apurar esa carrera!
La indiada todita entera

dando alaridos cargó —
jué pucha... y ya nos sacó
como yeguada matrera ¹⁸.

Qué fletes traiban los bárbaros,
como una luz de ligeros —
hicieron el entreveró,
y en aquella mezclanza,
éste quiero, éste no quiero,
nos escogían con la lanza.

Al que le dan un chuzazo,
difícultoso es que sane;
en fin, para no echar panes ¹⁹,
salimos por esas lomas
lo mesmo que las palomas
al juir de los gavilanes.

Es de admirar la destreza
con que la lanza manejan.
De perseguir nunca dejan —
y nos traiban apretaos —
si queríamos de apuraos
salirnos por las orejas.

Y pa mejor de la fiesta
en esa aflicción tan suma,
vino un indio echando espuma
y con la lanza en la mano,
gritando: «Acabáu, cristiano;
metáu el lanza hasta el pluma.»

Tendido en el costillar,
cimbrando por sobre el brazo
una lanza como un lazo,
me atropelló dando gritos—
si me descuido... el maldito
me levanta de un lanzazo.

Si me atribulo o me encojo,
siguro que no me escapo;
siempre he sido medio guapo,
pero en aquella ocasión
me hacía buya el corazón
como la garganta al sapo.

Dios le perdone al salvaje
las ganas que me tenía...
Desaté las tres marías ²⁰

y lo engatusé a cabriolas...
¡Pucha!..., si no traigo bolas
me achura²¹ el indio ese día.

Era el hijo de un cacique,
sigún yo lo avirigüé —
la verdá del caso jué
que me tuvo apuradazo,
hasta que, al fin, de un bolazo
del caballo lo bajé.

Ay no más me tiré al suelo
y lo pisé en las paletas —
empezó a hacer morisquetas
y a mesquinar la garganta...,
pero yo hice la obra santa
de hacerle estirar la jeta.

Allí quedó de mojón
y en su caballo salté;
de la indiada disparé,
pues si me alcanza me mata,
y al fin me les escapé
con el hilo de una pata.

NOTAS

¹ **Tapera.** — Casa arruinada; montón de escombros.

² **Pulpería.** — Tienda o cantina de la campaña americana; especie de ventorro donde se reúne el gauchaje.

³ **Matrero.** — Cuatrero, ladrón de ganado.

⁴ **Gringo.** — Extranjero que no habla en español.

⁵ **De mi flor.** — De primera calidad.

⁶ **Moro.** — Caballo de pelo blanco azulado con manchas oscuras.

⁷ **Pucho.** — Colilla de cigarro.

⁸ **Guasca.** — Lonja de cuero, sogá, etc.

⁹ **Estaquear.** — Atar en el suelo o suspender, atado a cuatro estacas, el cuerpo de un atormentado.

¹⁰ **Malevo.** Malvado, bandido.

¹¹ **Cepiada.** — Meter en el cepo.

¹² **Chacra.** — Huerta, campo de cultivo.

¹³ **Quincho.** — Albarrada, tapia rústica.

¹⁴ **Hacer jabón.** Sudar la gota gorda.

¹⁵ **Lanzas y latones.** — Lanzas y sables.

¹⁶ **Ñanduces.** — Plural de ñandú, el avestruz de la pampa.

¹⁷ **Bichoco.** — Caballo matalón, viejo.

¹⁸ **Yeguada matrera.** — Yeguada robada.

¹⁹ **Echar panes.** — Echar mentiras.

²⁰ **Las tres marías.** — Las tres bolas.

²¹ **Achurar.** — Hacer cuartos, hacer partijas.

IV

Seguiré esta relación,
aunque pa chorizo es largo;
el que pueda hágase cargo
cómo andaría de matrero,
después de salvar el cuero
de aquel trance tan amargo.

Del sueldo nada les cuento,
porque andaba disparando;
nosotros de cuando en cuando
solíamos ladrar de pobres —
nunca llegaban los cobres
que se estaban aguardando.

Y andábamos de mugrientos
que el mirarnos daba horror;
les juro que era un dolor

ver esos hombres; ¡por Cristo!,
en mi perra vida he visto
una miseria mayor.

Yo no tenía ni camisa
ni cosa que se parezca;
mis trapos sólo pa yezca
me podían servir al fin...
No hay plaga como un fortín ¹
para que el hombre padezca.

Poncho, jergas, el apero,
las prenditas, los botones,
todo, amigo, en los cantones
jué quedando poco a poco;
ya nos tenían medio loco
la pobreza y los ratones.

Sólo una manta peluda
era cuanto me quedaba —
la había agenciao a la taba
y ella me tapaba el bulto —
yaguané ² que allí ganaba
no salía... ni con indulto.

Y pa mejor hasta el moro
se me jué de entre las manos —
no soy lerdo..., pero, hermano,
vino el comendante un día
diciendo que lo quería
«pa enseñarle a comer grano».

Afigúrese cualquiera
la suerte de este su amigo,
a pie y mostrando el umblico,
estropiao, pobre y desnudo;
ni por castigo se pudo
hacerse más mal conmigo.

Ansí pasaron los meses
y vino el año siguiente,
y las cosas igualmente
siguieron del mesmo modo —
adrede parece todo
pa atormentar a la gente.

No teníamos más permiso
ni otro alivio la gauchada,
que salir de madrugada,

cuando no había indio ninguno,
campo ajuera a hacer boliadas,
desocando los reyunos ³.

Y cáibamos al cantón
con los fletes aplastaos —
pero a veces medio aviaos
con plumas y algunos cueros —
que pronto con el pulpero
los teníamos negociaos.

· Era un amigo del jefe
que con un boliche ⁴ estaba;
yerba ⁵ y tabaco nos daba
por la pluma de avestruz,
y hasta le hacía ver la luz
al que un cuero le llevaba.

Sólo tenía cuatro frascos
y unas barricas vacías,
y a la gente le vendía
todo cuanto precisaba...;
algunos creíban que estaba
allí la proveduría.

¡Ah!, pulpero habilidoso,
nada le solía faltar—
¡ay, juna!—y para tragar
tenía un buche de ñandú;
la gente le dió en llamar
«el boliche de virtú».

Aunque es justo que quien vende
algún poquitito muerda,
tiraba tanto la cuerda,
que con sus cuatro limetas ⁶
él cargaba las carretas
de plumas, cueros y cerda.

Nos tenía apuntaos a todos
con más cuentas que un rosario,
cuando se anunció un salario
que iban a dar, o un socorro—
pero sabe Dios qué zorro
se lo comió al comisario.

Pues nunca lo vi llegar,
y al cabo de muchos días—
en la misma pulpería

dieron un *buena cuenta* --
que la gente muy contenta
de tan pobre recibía.

Sacaron unos sus prendas
que las tenían empeñadas;
por sus diudas atrasadas
dieron otros el dinero;
al fin de fiesta el pulpero
se quedó con la mascada.

Yo me arrecosté a un horcón ⁷,
dando tiempo a que pagaran,
y poniendo güena cara
estuve haciéndome el poyo,
a esperar que me llamaran
para recibir mi boyo.

Pero, ¡ay!, me pude quedar
pegao pa siempre al horcón —
ya era casi la oración
y ninguno me llamaba —
la cosa se me ñublaba
y me dentró comezón.

Pa sacarme el entripao
vi al mayor y lo fi a hablar —
yo me le empecé a atracar
y como con poca gana
le dije: «Tal vez mañana
acabarán de pagar.»

«¡Qué mañana ni otro día
—al punto me contestó—;
la paga ya se acabó,
siempre has de ser animal!»
Me raí y le dije: «Yo...
no he recibido ni un rial.»

Se le pusieron los ojos
que se le querían salir,
y ay no más volvió a decir
comiéndome con la vista:
«¿Y qué quieres recibir
si no has dentrao en la lista?»

«Esto sí que es amolar
—dije yo pa mis adentros—;
van dos años que me encuentro

y hasta aura he visto ni un grullo ⁸;
dentro en todos los barullos
pero en las listas no dentro.»

Vide el pleito mal parao
y no quise aguardar más...;
es güeno vivir en paz
con quien nos ha de mandar —
y reculando pa tras
me le empecé a retirar.

Supo todo el comendante
y me llamó al otro día,
diciéndome que quería
aviriguar bien las cosas —
que no era el tiempo de Rosas,
que aura a naides se debía.

Llamó al cabo y al sargento
y empezó la indagación;
si había venido al cantón
en tal tiempo o en tal otro...
y si había venido en potro,
en reyuno o redomón.

Y todo era alborotar
al ñudo ⁹ y hacer papel;
conocí que era pastel
pa engordar con mi guayaca ¹⁰;
mas si voy al coronel
me hacen bramar en la estaca.

¡Ah!, hijos de una... la codicia
ojalá les ruempa el saco;
ni un pedazo de tabaco
le dan al pobre soldao,
y lo tienen de delgao
más ligero que un guanaco ¹¹.

¿Pero qué iba a hacerles yo,
charavón ¹² en el desierto?
Más bien me daba por muerto
pa no verme más fundido—
y me les hacía el dormido,
aunque soy medio dispierto.

NOTAS

- 1 **Fortin.** — Puesto avanzado.
- 2 **Yaguané.** — Piojo.
- 3 **Reyuno.** — Caballo que no es de nadie.
- 4 **Boliche.** — Cantina ambulante; menos que pulpería.
- 5 **Yerba.** — Por antonomasia, la *yerba mate*.
- 6 **Limeta.** — Frasco de licor.
- 7 **Horcón.** — Palo en horquilla; estaca plantada en el suelo.
- 8 **Grullo.** — Peso fuerte; moneda grande.
- 9 **Al ñudo.** — En balde.
- 10 **Guayaca.** — Tabaquera y bolsillo a un mismo tiempo.
- 11 **Guanaco.** — Especie de gamo.
- 12 **Charavón.** — Pollo de ñandú o avestruz.

V

Yo andaba desesperao,
aguardando una ocasión
que los indios un malón ¹
nos dieran, y entre el estrago
hacérmeles cimarrón
y volverme pa mi pago.

Aquello no era servicio
ni defender la frontera —
aquello era ratonera
en que sólo gana el juerte —
era jugar a la suerte
con una taba culera.

Allí tuito va al revés :
los milicos ² son los pioneros,
y andan en las poblaciones

emprestaos pa trabajar —
los rejuntan pa peliar
cuando entran indios ladrones.

Yo he visto en esa milonga ³
muchos jefes con estancia,
y piones en abundancia,
y majadas y rodeos;
he visto negocios feos
a pesar de mi inorancia.

Y colijo que no quieren
la barunda componer —
para eso no ha de tener
el jefe que esté de estable,
más que su poncho y su sable,
su caballo y su deber.

Ansina, pues, conociendo
que aquel mal no tiene cura,
que tal vez mi sepultura
si me quedo iba a encontrar,
pensé en mandarme mudar
como cosa más sigura.

Y pa mejor, una noche
qué estaquiada me pegaron;
casi me descoyuntaron
por motivo de una gresca —
¡ay, juna!, si me estiraron
lo mesmo que guasca fresca.

Jamás me puedo olvidar
lo que esa vez me pasó —
dentrando una noche yo
al fortín, un enganchao
que estaba medio mamao,
allí me desconoció.

Era un gringo sin bozal,
que nada se le entendía —
¡quién sabe de ande sería!
Tal vez no juera cristiano;
pues lo único que decía
es que era *pa-po-litano*.

Estaba de centinela,
y por causa del peludo ⁴
verme más claro no pudo,

y esa fué la culpa toda —
el bruto se asustó al ñudo
y fi el pavo de la boda.

Cuando me vido acercar,
«*Quién vivore...*», preguntó;
«*Qué vivoras*», dije yo;
«*Ha garto*», me pegó el grito;
Y yo dije despacito :
«*Más lagarto serás vos.*»

Ay no más — ¡Cristo me valga!,
rastrillar el jusil sientto —
me agaché, y en el momento
el bruto me largó un chumbo ⁵ —
mamao, me tiró sin rumbo,
que si no, no cuento el cuento.

Por de contaó, con el tiro
se alborotó el avispero —
los oficiales salieron
y se empezó la junción —
quedó en su puesto el nación ⁶ —
y yo fi al estaquiadero.

Entre cuatro bayonetas
me tendieron en el suelo —
vino el mayor medio en pedo 7
y allí se puso a gritar :
«¡Pícaro, te he enseñar
a andar declamando sueldos!»

De las manos y las patas
me ataron cuatro sinchones —
les aguanté los tirones
sin que ni un ¡ay! se me oyera,
y al gringo la noche entera
lo harté con mis maldiciones.

Yo no sé por qué el Gobierno
nos manda aquí a la frontera
gringada que ni siquiera
se sabe atracar a un pingo —
¡si creerá al mandar un gringo
que nos manda alguna fiera!

No hacen más que dar trabajo,
¿ues no saben ni ensillar;
no sirven ni pa carniar,

y yo he visto muchas veces
que ni voltiadas las reses
se les querían arrimar.

Y lo pasan sus mercedes
lengüetiando pico a pico —
hasta que viene un milico
a servirles el asao —
y eso sí, en lo delicaos,
parecen hijos de rico.

Si hay calor, ya no son gente;
si hiela, todos tiritan —
si ustedé no les da, no pitan
por no gastar en tabaco —
y cuando pescan un naco^s
uno al otro se lo quitan.

Quando llueve se acoquinan
como perro que oye truenos —
¡qué diablos! — sólo son güenos
pa vivir entre maricas —
y nunca se andan con chicas
para alzar ponchos ajenos,

Pa vichar⁹ son como ciegos;
no hay ejemplo de que entiendan,
ni hay uno sólo que aprienda,
al ver un bulto que cruza,
a saber si es avestruza,
o si es jinete o hacienda.

Si salen a perseguir,
después de mucho aparato,
tuitos se pelan al rato
y va quedando el tendal¹⁰ —
esto es como en un nidal
echarle güevos a un gato.

NOTAS

- 1 **Malón.** — Invasión o asalto de indios.
- 2 **Milico.** — Soldado.
- 3 **Milonga.** — Certamen de coplas cantadas al son de la guitarra por trovadores rurales. Aquí significa gresca, revoltijo.
- 4 **Peludo.** Borrachera.
- 5 **Chumbo.** — Perdigonada, tiro de munición.
- 6 **Nación.** — Extranjero. Lo mismo que gringo.
- 7 **En pedo.** — Embriagado.
- 8 **Naco.** Andullo o mazo de tabaco.
- 9 **Vichar.** — Otear, ver de lejos.
- 10 **Quedar en tendal.** — Quedar desperdigados, desorientados y perdidos.

VI

Vamos dentrando recién
a la parte más sentida,
aunque es todita mi vida
de males una cadena —
a cada alma dolorida
le gusta cantar sus penas.

Se empezó en aquel entonces
a rejuntar caballada,
y riunir la milicada
teniéndola en el cantón,
para una despedición
a sorprender a la indiada.

Nos anunciaban que iríamos
sin carretas ni bagajes,
a golpiar a los salvajes

en sus mismas toderías —
que a la güelta pagarían,
licenciándolo al gauchaje.

Que en esta despedición
tuviéramos la esperanza,
que iba a venir sin tardanza,
sigún el jefe contó,
un ministro o qué sé yo —
que le llamaban don Ganza.

Que iba a riunir el ejército
y tuitos los batallones —
y que traiba unos cañones
con más rayas que un cotín¹ —
¡pucha!..., las conversaciones
por allá no tenían fin.

Pero esas trampas no enriedan
a los zorros de mi laya,
que esa Ganza venga o vaya
poco le importa a un matrero —
yo también dejé las rayas...
en los libros del pulpero.

Nunca juí gaucho dormido;
siempre pronto, siempre listo —
yo soy un hombre, ¡qué Cristo!,
que nada me ha acobardao,
y siempre salí parao
en los trances que me he visto.

Dende chiquito gané
la vida con mi trabajo,
y aunque siempre estuve abajo
y no sé lo que es subir —
también el mucho sufrir
suele cansarnos — ¡barajo!

En medio de mi inorancia
conozco que nada valgo —
soy la liebre o soy el galgo
a sigún los tiempos andan,
pero también los que mandan
debieran cuidarnos algo.

Una noche que riunidos
estaban en la carpeta ²
empinando una limeta

el jefe y el juez de paz —
yo no quise aguardar más
y me hice humo en un sotreta.

Me parece el campo orégano
dende que libre me veo —
donde me lleva el deseo
allí mis pasos dirijo —
y hasta en las sombras, de fijo
que dondequiera rumbeo.

Entro y salgo del peligro
sin que me espante el estrago;
no aflojo al primer amago
ni jamás fí gaucho lerdo —
soy pa rumbiar como el cerdo
y pronto caí a mi pago³.

Volvía al cabo de tres años
de tanto sufrir al ñudo,
resertor, pobre y desnudo —
a procurar suerte nueva —
y lo mesmo que el peludo⁴
enderecé pa mi cueva.

No hallé ni rastro del rancho,
sólo estaba la tapera —
¡por Cristo, si aquello era
pa enlutar el corazón! —
yo juré en esa ocasión
ser más malo que una fiera.

¿Quién no sentirá lo mismo
cuando así padece tanto?
Puedo asegurar que el llanto
como una mujer largué —
¡ay, mi Dios, si me quedé
más triste que Jueves Santo!

Sólo se oíban los aullidos
de un gato que se salvó;
el pobre se guareció
cerca, en una viscachera —
venía como si supiera
que estaba de güelta yo.

Al dirme dejé la hacienda
que era todito mi haber —
pronto debíamos volver

sigún el juez prometía,
y hasta entonces cuidaría
de los bienes la mujer.

.....
.....
.....

Después me contó un vecino
que el campo se lo pidieron —
la hacienda se la vendieron
en pago de arrendamientos,
y qué sé yo cuántos cuentos,
pero todo lo fundieron.

Los pobrecitos muchachos,
entre tantas afliciones,
se conchavaron ⁵ de piones.
¿Mas qué iban a trabajar,
si eran como los pichones
sin acabar de emplumar?

Por ay andarán sufriendo
de nuestra suerte el rigor;
me han contado que el mayor

nunca dejaba a su hermano —
puede ser que algún cristiano
los recoja por favor.

Y la pobre mi mujer,
¡Dios sabe cuánto sufrió! —
me dicen que se voló
con no sé qué gavilán —
sin duda a buscar el pan
que no podía darle yo.

No es raro que a uno le falte
lo que algún otro le sobre —
¿si no le quedó ni un cobre,
sino de hijos un enjambre,
qué más iba a hacer la pobre
para no morirse de hambre?

¡Tal vez no te vuelva a ver,
prenda de mi corazón!
Dios te dé su protección,
ya que no me la dió a mí —
y a mis hijos, dende aquí
les echo mi bendición.

Como hijitos de la cuna
andarán por ay sin madre —
ya se quedaron sin padre,
y ansí la suerte los deja,
sin naides que los proteja
y sin perro que los ladre.

Los pobrecitos, tal vez
no tengan ande abrigarse,
ni ramada ⁶ ande ganarse,
ni rincón ande meterse,
ni camisa que ponerse,
ni poncho con que taparse.

Tal vez los verán sufrir
sin tenerles compasión —
puede que alguna ocasión,
aunque los vean tiritando,
los echen de algún jogón
pa que no estén estorbando.

Y al verse ansina espantaos,
como se espanta a los perros,
irán los hijos de Fierro

con la cola entre las piernas,
a buscar almas más tiernas
o esconderse en algún cerro.

Mas también en este juego
voy a pedir mi bolada —
a naides le debo nada
ni pido cuartel ni doy —
y ninguno dende hoy
ha de llevarme en la armada.

Yo he sido manso primero,
y seré gaucho matrero —
en mi triste circunstancia,
aunque es mi mal tan projundo,
nací, y me he eriao en estancia,
pero ya conozco el mundo.

Ya le conozco sus mañas,
e conozco sus cucañas,
sé cómo hacen la partida,
la enriedan y la manejan —
deshaceré la madeja,
aunque me cueste la vida.

Y aguante el que no se anime
a meterse en tanto engorro,
o si no aprétese el gorro
o para otra tierra emigre —
pero yo ando como el tigre
que le roban los cachorros.

. Aunque muchos creen que el gau-
tiene una alma de reyuno — [cho
no se encontrará ninguno
que no le dueblen las penas —
mas no debe aflojar uno
mientras hay sangre en las venas.

NOTAS

- 1 **Cotin.**—Lienzo rayado de forrar colchones.
- 2 **Carpeta.**— La baraja.
- 3 **Pago.**— El distrito o vecindario rural.
- 4 **Peludo.**— Aquí, peludo es el armadillo o *tatú* de los naturalistas.
- 5 **Conchavar.**—Alquilar, contratarse.
- 6 **Ramada.**— Por enramada o cobertizo.

VII

De carta de más me vía
sin saber adónde dirme;
mas dijeron que era vago
y entraron a perseguirme.

Nunca se achican los males —
van poco a poco creciendo,
y ansina me vide pronto
obligao a andar juyendo.

No tenía mujer ni rancho,
y a más era resertor;
no tenía una prenda güena,
ni un peso en el tirador.

A mis hijos infelices
pensé volverlos a hallar —
y andaba de un lao al otro
sin tener ni qué pitar.

Supe una vez, por desgracia,
que había un baile por allí —
y medio desesperao
a ver la milonga fui.

Riunidos al pericón
tantos amigos hallé,
que alegre de verme entre ellos
esa noche me apedé.

Como nunca, en la ocasión
por peliar me dió la tranca,
y la emprendí con un negro
que trujo una negra en ancas.

Al ver llegar la morena,
que no hacía caso de naidés,
le dije con la mamúa:
«Va...ca...yendo gente al baile.»

La negra entendió la cosa
y no tardó en contestarme,
mirándome como a perro:
«Más *vaca* será su madre.»

Y entró al baile muy tiesa,
con más cola que una zorra,
haciendo blanquiar los dientes
lo mesmo que mazamorra ¹.

«Negra linda...— dije yo —
Me gusta... pa la carona.»
Y me puse a champurriar
esta coplita fregona:

«A los blancos hizo Dios,
a los mulatos San Pedro,
a los negros hizo el diablo
para tizón del infierno.»

Había estao juntando rabia
el moreno dende ajuera —
en lo escuro le brillaban
los ojos como linterna.

Lo conocí retobao,
me acerqué y le dije presto:
«Po...r...rudo que un hombre sea,
nunca se enoja por esto.»

Corcobió el de los tamangos ²,
y creyéndose muy fijo,
«Más *porrudo* serás vos,
gaucho roto», me dijo.

Y ya se me vino al humo
como a buscarme la hebra —
y un golpe le acomodé
con el porrón de giñebra.

Ay no más pegó el de hollín
más gruñidos que un chanchito ³,
y pelando un envenao ⁴
me atropelló dando gritos.

Pegué un brinco y abrí cancha,
diciéndoles: «Caballeros,
dejen venir ese toro;
solo nací..., solo muero.»

El negro después del golpe
se había el poncho refalao,
y dijo: «Vas a saber
si es solo o acompaña.»

Y mientras se arremangó
yo me saqué las espuelas,
pues malicié que aquel tío
no era de arriar con las riendas.

No hay cosa como el peligro
pa refrescar un mamao;
hasta la vista se aclara,
por mucho que haiga chupao.

El negro me atropelló
como a quererme comer --
me hizo dos tiros seguidos
y los dos le abarajé.

Yo tenía un facón con S⁵,
que era de lima de acero;
le hice un tiro, lo quitó,
y vino ciego el moreno.

Y en el medio de las aspas
un planazo le asenté,
que lo largué culebriando
lo mesmo que buscapié.

Le colorieron las motas ⁶
con la sangre de la herida,
y volvió a venir furioso
como una tigra parida.

Y ya me hizo relumbrar
por los ojos el cuchillo,
alcanzando con la punta
a cortarme en un carrillo.

Me hirvió la sangre en las venas
y me le afirmé al moreno,
dándole de punta y hacha
pa dejar un diablo menos.

Por fin en una topada
en el cuchillo lo alcé,
y como un saco de güesos
contra un cerco lo largué.

Tiró unas cuantas patadas
y ya cantó pa el carnero ⁷—
nunca me puedo olvidar
de la agonía de aquel negro.

En esto la negra vino
con los ojos como ají⁸—
y empezó la pobre allí
a bramar como una loba—
yo quise darle una soba,
a ver si la hacía callar,
mas pude reflexionar
que era malo en aquel punto,
y por respeto al dijunto
no la quise castigar.

Limpié el facón en los pastos,
desaté mi redomón⁹,
monté despacio, y salí
al tranco pa el cañadón.

Después supe que al finao
ni siquiera lo velaron,
y retobao en un cuero,
sin resarle lo enterraron.

Y dicen que dende entonces,
cuando es la noche serena,
suele verse una luz mala
como de alma que anda en pena.

Yo tengo intención a veces,
para que no pene tanto,
de sacar de allí los güesos
y echarlos al camposanto.

NOTAS

- 1 **Mazamorra.**—Maiz hervido en agua o en leche con azúcar.
- 2 **Tamango.**—Sandalia hecha de cuero sin curtir.
- 3 **Chanco.**—Cerdo.
- 4 **Envenao.**—Cuchillo con venas, con que se degüellan las reses.
- 5 **Facón.**—El puñal del gaucho.
- 6 **Mota.**—La pasa o pelo del negro.
- 7 **Cantar para el carnero.**—Para la fosa, para el cementerio.
- 8 **Ají.**—Pimiento picante, guindilla.
- 9 **Redomón.**—Potro, caballo nuevo.

VIII

Otra vez en un boliche
estaba haciendo la tarde;
cayó un gaicho que hacía alarde
de guapo y de peliador.

A la llegada metió
el pingo hasta la ramada —
y yo sin decirle nada
me quedé en el mostrador.

Era un terne de aquel pago
que naidas lo reprendía,
que sus enriedos tenía
con el señor comendante.

Y como era protegido
andaba muy entonao,
y a cualquiera desgraciao
lo llevaba por delante,

¡Ah, pobre! Si él mismo creíba
que la vida le sobraba,
ninguno diría que andaba
aguaitándolo la muerte.

Pero así pasa en el mundo,
es así la triste vida —
pa todos está escondida
la güena o la mala suerte.

Se tiró al suelo; al dentrar
le dió un empeyón a un vasco —
y me alargó un medio frasco,
diciendo: «Beba, cuñao.»

«Por su hermana — contesté —,
que por la mía no hay cuidao.»

«¡Ah, gaucho! — me respondió — .
¿De qué pago será criollo? —
¿Lo andará buscando el oyo? —
¿Deberá tener güen cuero? —
Pero ande bala este toro
no bala ningún ternero.»

Y ya salimos trensaos,
porque el hombre no era lerdo;
mas como el tino no pierdo,
y soy medio ligerón,
le dejé mostrando el sebo
de un revés con el facón.

Y como con la Justicia
no andaba bien por allí,
cuanto pataliar lo vi,
y el pulpero pegó el grito,
ya pa el palenque salí
como haciéndome chiquito.

Monté y me encomendé a Dios
rumbiando para otro pago —
que el gaucho que llaman vago
no puede tener querencia,
y ansí de estrago en estrago
vive llorando la ausencia.

Él anda siempre juyendo,
siempre pobre y perseguido,
no tiene cueva ni nido,

como si juera maldito —
porque el ser gaucho..., ¡barajo!,
el ser gaucho es un delito.

Es como el patrio ¹ de posta:
lo larga éste, aquél lo toma —
nunca se acaba la broma —
dende chico se parece
al arbolito que crece
desamparao en la loma.

Le echan la agua del bautismo
aquel que nació en la selva.
«Busca madre que te engüelva»,
le dice el flaire y lo larga,
y dentra a cruzar el mundo
como burro con la carga.

Y se cría viviendo al viento
como oveja sin trasquila —
mientras su padre en las filas
anda sirviendo al Gobierno —
aunque tirite en invierno,
naides lo ampara ni asila.

Le llaman «gaucho mamao»
si lo pillan divertido,
y que es mal entretenido
si en un baile lo sorprenden;
hace mal si se defiende,
y si no, se ve... fundido.

No tiene hijos, ni mujer,
ni amigos, ni protetores,
pues todos son sus señores,
sin que ninguno lo ampare—
tiene la suerte del güey—
¿y dónde irá el güey que no are?

Su casa es el pajonal²,
su guarida es el desierto—
y si de hambre medio muerto
le echa el lazo algún mamón,
lo persiguen como a plaito,
porque es un gaucho ladrón.

Y si de un golpe por ay
lo dan güelta panza arriba,
no hay una alma compasiva

que le resé una oración —
tal vez como cimarrón
en una cueva lo tiran.

Él nada gana en la paz
y es el primero en la guerra —
no lo perdonan si yerra,
que no saben perdonar —
porque el gaucho en esta tierra
sólo sirve pa votar.

Para él son los calabozos,
para él las duras prisiones —
en su boca no hay razones
aunque la razón le sobre,
que son campanas de palo
las razones de los pobres.

Si uno aguanta, es gaucho bruto —
si no aguanta, es gaucho malo —
¡déle azote, déle palo!,
porque es lo que él necesita —
de todo el que nació gaucho —
esta es la suerte maldita.

Vamos suerte -- vamos juntos
dende que juntos nacimos—
y ya que juntos vivimos
sin podernos dividir...;
yo abriré con mi cuchillo
el camino pa seguir ³.

NOTAS

¹ **Patrio.** — Caballo de desecho.

² **Pajonal.** — La paja alta y dura que tapiza la pampa.

³ La historia de Martín Fierro ha sido la del gaucho hasta hace muy poco tiempo.

Los gauchos, los porteños en particular, van sintiéndose ciudadanos argentinos, debido a la activa propaganda patriótica de las clases directoras. Los maestros rurales, sobre todo, diseminados por la pampa, contribuyen más que nadie a la exaltación de las glorias nacionales. Los modernos gauchos oyen hablar de San Martín, de Belgrano y Alvear, y saben que sus antepasados guerrearon por la independencia nacional guiados por Güemes, Necochea, Balcarce, Lamadrid, Suárez, Olavarría y tantos otros caudillos secundarios.

Las razas indígenas y mestizas de América se batieron con valor heroico en pro o en contra de la causa realista, hasta que, al fin, la causa española sucumbió en Aya-

cucho. En la Argentina no fué así. Desde el primer momento, los *paisanos*, los gauchos tomaron a pecho la causa nacional. Luego, aficionados a la vida de campamento, siguieron suministrando contingentes a los caudillos, peleando por una u otra forma de gobierno, sin comprender su significado, pues sabido es que estos países fueron repúblicas antes de tener republicanos.

Lo peor era que, no obstante la participación del gaucho en el nuevo orden de cosas, su condición siguió siendo la misma, si no peor. El que nació para rey de la pampa se veía condenado a vivir como cuervo en ella; de soldado pasó a ser sirviente de la gleba, esclavo de los grandes estancieros.

Viéndose sin participación en el nuevo teatro de la Democracia que ayudara a fundar con su sangre, se desencantó; desapareció de él el patriotismo; cobró odio a la ciudad y a los *puebleros*. Recurrió entonces a la independencia del desierto, pero so pena de vivir solo, nómada y errante, hubo de someterse al yugo del régimen feudal de los grandes latifundios; dondequiera que iba encontraba un patrón.

Cuando habia necesidad de hacer una revolución contra el Gobierno establecido, los *caudillos*— nombre que entre los criollos es sinónimo, sea militar o no, del *cacique* nuestro—arrancaban al gaucho de sus campos y de sus potreros a viva fuerza. Si no lo hacían los caudillos, hacíanlo los comandantes militares enviados para reclutar *contingentes*.

Hacíase esto por el sistema de las *arreadas*, nombre que por sí solo explica el sistema del reclutamiento. Cuando se quería mandar un contingente a la frontera u organizar un batallón, se tomaba por sorpresa a los paisanos, y mal de su grado se les conducía trincados a las filas.

De esto es de lo que se lamenta Martín Fierro.

IX

Matreriando lo pasaba
y a las casas no venía —
solía arrimarme de día;
mas lo mesmo que el carancho ¹,
siempre estaba sobre el rancho
espiando a la polecía.

Viva el gaucho que ande mal
como zorro perseguido —
hasta que al menor descuido
se lo atarazquen los perros;
pues nunca le falta un yerro
al hombre más alvertido.

Y en esa hora de la tarde
en que tuito se adormece,
que el mundo dentrar parece

a vivir en pura calma —
con las tristezas de su alma
al pajonal enderiese.

Bala el tierno corderito
al lao de la blanca oveja,
y a la vaca que se aleja
llama el ternero amarrao —
pero el gaucho desgraciao
no tiene a quien dar su queja.

Ansí es que al venir la noche
iba a buscar mi guarida —
pues ande el tigre se anida
también el hombre lo pasa —
y no quería que en las casas
me rodiara la partida.

Pues aun cuando vengan ellos
cumpliendo con sus deberes,
yo tengo otros pareceres
y en esa conduta vivo —
que no debe un gaucho altivo
peliar entre las mujeres.

Y al campo me iba solito,
más matrero que el venao ²—
como perro abandonao,
a buscar una tapera,
o en alguna viscachera ³
pasar la noche tirao.

Sin punto ni rumbo fijo,
en aquella inmensidá,
ontre tanta escuridá,
anda el gaucho como duende;
allí jamás lo sorprende
dormido la autoridá.

Su esperanza es el coraje,
su guardia es la precaución,
su pingo es la salvación,
y pasa uno en su desvelo
sin más amparo que el cielo
ni otro amigo que el facón.

.....
.....
.....
.....

Ansí me hallaba una noche
contemplando las estrellas,
que le parecen más bellas
cuanto uno es más desgraciao,
y que Dios las haiga criao
para consolarse en ellas.

Les tiene el hombre cariño
y siempre con alegría
ve salir las tres Marías ⁴,
y si llueve, cuanto escampa,
las estrellas son la guía
que el gaucho tiene en la pampa.

Aquí no valen doctores,
sólo vale la experencia;
aquí verían su inocencia
esos que todo lo saben —
porque esto tiene otra llave
y el gaucho tiene su cencia.

Es triste en medio del campo
pasarse noches enteras
contemplando en sus carreras

las estrellas que Dios cría —
sin tener más compañía
que su delito y las fieras.

Me encontraba como digo
en aquella soledá
entre tanta escuridá,
echando al viento mis quejas,
cuando el grito del chajá⁵
me hizo parar las orejas.

Como lumbriz me pegué
al suelo para escuchar;
pronto sentí retumbar
las pisadas de los fletes,
y que eran muchos jinetes
conocí sin vacilar.

Cuando el hombre está en peligro
no debe tener confianza;
ansí, tendido de panza
puse toda mi atención,
y ya escuché sin tardanza
como el ruido de un latón.

Se venían tan calladitos
que yo me puse en cuidao;
tal vez me hubieran bombiao ⁶
y me venían a buscar;
mas no quise disparar,
que eso es de gaucho morao.

Al punto me santigüé
y eché de giñebra un taco;
lo mesmito que el mataco ⁷
me arroyé con el porrón.
«Si han de darme pa tabaco
— dije —, esta es güena ocasión.»

Me refalé ⁸ las espuelas
para no peliar con grillos;
me arremangué el calsoncillo
y me ajusté bien la faja,
y en una mata de paja
probé el filo del cuchillo.

Para tenerlo a la mano
el flete en el pasto até —
la cincha le acomodé,

y en un trance como aquél,
haciendo espaldas en él,
quietito los aguardé.

Cuanto cerca los sentí
y que ay no más se pararon,
los pelos se me erizaron,
y aunque nada vían mis ojos,
«No se han de morir de antojo»,
les dije cuanto llegaron.

Yo quise hacerles saber
que allí se hallaba un varón;
les conocí la intención,
y solamente por eso
fué que les gané el tirón,
sin aguardar voz de preso.

«Vos sos un gaucho matrero
—dijo uno haciéndose el güeno—;
vos matastes un moreno
y otro en una pulpería,
y aquí está la polecía
que viene a ajustar tus cuentas;

te va alzar por las cuarenta
si te resistís hoy día.»

«No me vengan — contesté —
con relación de dijuntos;
esos son otros asuntos;
vean si me pueden llevar,
que yo no me he de entregar,
aunque vengan todos juntos.»

Pero no aguardaron más
y se apiaron en montón —
como a perro cimarrón
me rodiaron entre tantos;
yo me encomendé a los santos
y eché mano a mi facón.

Y ya vide el fogonazo
de un tiro de garabina;
mas quiso la suerte indina
de aquel maula que me errase,
y ay no más lo levantase
lo mesmo que una sardina.

A otro que estaba apurao
acomodando una bola,
le hice una dentrada sola,
y le hice sentir el fierro,
y ya salió como el perro
cuando le pisan la cola.

Era tanta la afición
y la angurria que tenían,
que tuitos se me venían
donde yo los esperaba;
uno al otro se estorbaba
y con las ganas no vían.

Dos de ellos que traiban sables,
más garifos y resueltos,
en las hilachas envueltos
enfrente se me pararon,
y a un tiempo me atropellaron
lo mesmo que perros sueltos.

Me fuí reculando en falso
y el poncho adelante eché,
y cuanto le puso el pie

uno medio chapetón,
de pronto le di el tirón
y de espaldas lo largué.

Al verse sin compañero
el otro se sofrenó;
entonces le dentré yo
sin dejarlo resollar,
pero ya empezó a aflojar
y a la pu...n...ta disparó.

Uno que en una tacuara⁹
había atao una tijera,
se vino como si juera
palenque de atar terneros;
pero en dos tiros certeros
salió aullando campo ajuera.

Por suerte en aquel momento
venía coloriendo el alba,
y dije: «Si me salva
la Virgen en este apuro,
en adelante le juro
ser más güeno que una malva.»

Pegué un brinco y entre todos
sin miedo me entreveré —
hecho ovillo me quedé
y ya me cargó una yunta ¹⁰,
y por el suelo la punta
de mi facón les jugué.

El más engolocinao
se me apió con un hachazo;
se lo quité con el brazo;
de no, me mata los piojos;
y antes de que diera un paso
le eché tierra en los dos ojos.

Y mientras se sacudía
refregándose la vista,
yo me le fuí como lista ¹¹,
y ay no más me le afirmé,
diciéndole: «Dios te asista»,
y de un revés lo voltié.

Pero en ese punto mismo
sentí que por las costillas
un sable me hacía cosquillas,

y la sangre se me heló —
dende ese momento, yo
me salí de mis casillas.

Di para atrás unos pasos,
hasta que pude hacer pie;
por delante me lo eché
de punta y tajos a un criollo;
metió la pata en un oyo,
y yo al oyo lo mandé.

Tal vez en el corazón
lo tocó un santo bendito
a un gaucho que pegó el grito,
y dijo: «¡Cruz no consiente
que se cometa el delito
de matar así un valiente!»

Y ay no más se me apareó
dentrándole a la partida;
yo les hice otra embestida,
pues entre dos era robo;
y el Cruz era como lobo
que defiende su guarida.

Uno despachó al infierno,
de dos que lo atropellaron;
los demás remoliniaron,
pues íbamos a la fija,
y a poco andar, dispararon
lo mesmo que sabandija.

Ay quedaban largo a largo
los que estiraron la jeta;
otro iba como maleta,
y Cruz de atrás les decía:
«Que venga otra polecía
a llevarlos en carreta.»

Yo junté las osamentas,
me hiqué y les recé un bendito,
hice una cruz de un palito
y pedí a mi Dios clemente
me perdonara el delito
de haber muerto tanta gente.

Dejamos amontonaos
a los pobres que murieron;
no sé si los recogieron,

porque nos fuimos a un rancho;
o si tal vez los caranechos
ay no más se los comieron.

Lo agarramos mano a mano
entre los dos al porrón;
en semejante ocasión
un trago a cualquiera encanta,
y Cruz no era remolón
ni pijotiaba garganta.

Calentamos los gargueros
y nos largamos muy tiesos,
siguiendo siempre los besos
al pichel, y por más señas,
íbamos como cigüeñas
estirando los pescuezos.

«Yo me voy — le dije —, amigo,
donde la suerte me lleve,
y si es que alguno se atreve
a ponerse en mi camino,
yo seguiré mi destino,
que el hombre hace lo que debe.

»Soy un gaucho desgraciao,
no tengo donde ampararme,
ni un palo donde rascarme,
ni un árbol que me cubije;
pero ni aun esto me aflige,
porque yo sé manejar me.

»Antes de caír al servicio
tenía familia y hacienda;
cuando volví, ni la prenda
me la habían dejao ya —
¡Dios sabe en lo que vendrá
a parar esta contienda!»

NOTAS

- 1 **Carancho.** — Ave de rapiña.
- 2 **Venao.** — El venado o guanaco.
- 3 **Viscachera.** — Agujero o nido de la vizcacha o conejo de la pampa.
- 4 **Las tres Marias.** — Las tres estrellas de la constelación de Orión.
- 5 **Chajá.** — Ave corpulenta de la pampa, que habita cerca de las lagunas.
- 6 **Bombiao.** — Bombeado, espiado.
- 7 **Mataco.** — Otra especie del armadillo.
- 8 **Refalar.** — Quitarse.
- 9 **Tacuara.** — Caña dura o asta de lanza.
- 10 **Yunta.** — Pareja.
- 11 **Ir como lista.** — Irse derecho.

X

Cruz.

Amigazo, pa sufrir
han nacido los varones —
estas son las ocasiones
de mostrarse un hombre juerte,
hasta que venga la muerte
y lo agarre a coscorrones.

El andar tan despilchao ¹
ningún mérito me quita;
sin ser una alma bendita,
me duelo del mal ajeno:
soy un pastel con relleno,
que parece torta frita.

Tampoco me faltan males
y desgracias, le prevengo;
también mis desdichas tengo,

aunque esto poco me aflige —
yo sé hacerme el chanchó rengo²
cuando la cosa lo exige.

Y con algunos ardidés
voy viviendo, aunque rotoso;
a veces me hago el sarnoso
y no tengo ni un granito;
pero al chifle³ voy ganoso,
como panzón al maíz frito.

A mí no me matan penas
mientras tenga el cuero sano;
venga el sol en el verano
y la escarcha en el invierno —
si este mundo es un infierno,
¿por qué afligirse el cristiano?

Hagámosle cara fiera
a los males, compañero;
porque el zorro más matrero
suele caer como un chorlito:
viene por un corderito
y en la estaca deja el cuero.

Hoy tenemos que sufrir
males que no tienen nombre;
pero esto a naides lo asombre,
porque ansina es el pastel,
y tiene que dar el hombre
más vueltas que un carretel.

Yo nunca me he de entregar
a los brazos de la muerte —
arrastro mi triste suerte
paso a paso y como pueda —
que donde el débil se queda
se suele escapar el juerte.

Y ricuerde cada cual
lo que cada cual sufrió;
que lo que es, amigo, yo
hago así la cuenta mía:
ya lo pasado pasó —
mañana será otro día.

Yo también tuve una pilecha
que me enllenó el corazón —
y si en aquella ocasión

alguien me hubiera buscao —
siguro que me había hallao
más prendido que un botón.

En la güella del querer
no hay animal que se pierda —
las mujeres no son lerdas —
y todo gaucho es dotor
si pa cantarle el amor
tiene que templar las cuerdas.

¿Quién es de un alma tan dura
que no quiera a una mujer?
Lo alivia en su padecer;
si no sale calavera,
es la mejor compañera
que el hombre puede tener.

Si es güena no lo abandona
cuando lo ve desgraciao;
lo asiste con su cuidao
y con afán cariñoso,
y usté tal vez ni un rebozo ⁴
ni una pollera le ha dao.

Grandemente lo pasaba
con aquella prenda mía —
viviendo con alegría
como la mosca en la miel —
¡Amigo, qué tiempo aquél!
¡La pucha — que la quería!

Era la águila que a un árbol
dende las nubes bajó;
era más linda que el alba
cuando va rayando el Sol —
era la flor deliciosa
que entre el trebolar creció.

Pero, amigo, el comendante
que mandaba la milicia,
como que no desperdicia
se fué refalando a casa —
yo le conocí en la traza
que el hombre traiba malicia.

Él me daba voz de amigo,
pero no le tenía fe —
era el jefe y, ya se ve,

no podía competir yo —
en mi rancho se pegó
lo mesmo que saguaipé ⁵.

A poco andar conocí
que ya me había desbancao,
y él siempre muy entonao,
aunque sin darme ni un cobre,
me tenía de lao a lao
como encomienda de pobre.

A cada rato, de chasque ⁶
me hacía dir a gran distancia:
ya me mandaba a una estancia,
ya al pueblo, ya a la frontera —
pero él en la Comendancia
no ponía los pies siquiera.

Es triste a no poder más
el hombre en su padecer,
si no tiene una mujer
que lo ampare y lo consuele;
mas pa que otro se la pele,
lo mejor es no tener.

No me gusta que otro gallo
le cacaree a mi gallina—
yo andaba ya con la espina,
hasta que en una ocasión
lo pillé junto al jogón
abrazándome a la china.

Tenía el viejito una cara
de ternero mal lamido,
y al verlo tan atrevido
le dije: «Que le aproveche;
que había sido pa el amor
como guacho ⁷ pa la leche.»

Peló la espada y se vino
como a quererme ensartar;
pero yo sin tutubiar
le volví al punto a decir:
«Cuidao no te vas a pér...tigo,
poné cuarta pa salir.»

Un puntazo me largó,
pero el cuerpo le saqué,
y en cuanto se lo quité

para no matar un viejo,
con cuidao, medio de lejos
un planazo le asenté.

Y como nunca al que manda
le falta algún adulón,
uno que en esa ocasión
se encontraba allí presente,
vino apretando los dientes
como perrito mamón.

Me hizo un tiro de revuélver,
que el hombre creyó siguro;
era confiao, y le juro
que cerquita se arrimaba —
pero siempre en un apuro
se desentumen mis tabas.

Él me siguió menudiando,
mas sin poderme asertar,
y yo déle culebriar,
hasta que al fin le dentré,
y ay no más lo despaché,
sin dejarlo resollar.

Dentré a campiar en seguida
al viejito enamorao;
el pobre se había ganao
en un noque ⁸ de lejía —
¡Quién sabe cómo estaría
del susto que había llevao!

Es zonzo el cristiano macho
cuando el amor lo domina —
él miraba a la indina,
y una cosa tan jedionda
sentí yo, que ni en la fonda
he visto tal jedentina.

Y le dije: «Pa su agüela
han de ser esas perdices.»
Yo me tapé las narices
y me salí estornudando,
y el viejo quedó olfatiando
como chico con lumbrices.

Cuando la mula recula
señal que quiere cosiar —
ansí se suele portar

aunque ella lo disimula;
recula como la mula
la mujer, para olvidar.

Alcé mi poncho y mis prendas
y me largué a padecer
por culpa de una mujer
que quiso engañar a dos —
al rancho le dije *adiós*,
para nunca más volver.

Las mujeres, dende entonces,
conocí a todas en una —
ya no he de probar fortuna
con carta tan conocida:
¡mujer y perra parida,
no se me atraca ninguna!

NOTAS

¹ **Despilchao.**— Sin pilchas o prendas de vestuario.

² **Hacerse el chancho rengo.** — Hacerse el tonto.

³ **Chifle.** — Cantimplora.

⁴ **Rebozo.**—Manto o griñón de las mujeres pobres.

⁵ **Saguaipé.** — Sanguijuela.

⁶ **Chasque.** — Correo.

⁷ **Guacho.** — Huérfano.

⁸ **Noque.** — Pellejo, cuero hinchado.

XI

A otros les brotan las coplas
como agua de manantial;
pues a mí me pasa igual:
aunque las mías nada valen,
de la boca se me salen
como ovejas del corral.

Que en puertiando la primera,
ya la siguen las demás,
y en montones las de atrás
contra los palos se estrellan;
y saltan y se atropellan
sin que se corten jamás.

Y aunque yo por mi inorancia
con gran trabajo me explico,
cuando llego a abrir el pico,

ténganlo por cosa cierta,
sale un verso, y en la puerta
ya asoma el otro el hocico.

Y emprésteme su atención,
me oirá relatar las penas
de que traigo la alma llena —
porque en toda circunstancia
paga el gaucho su inorancia
con la sangre de sus venas.

Después de aquella desgracia
me refugié en los pajales,
anduve entre los cardales
como bicho sin guarida —
pero, amigo, es esa vida
como vida de animales.

Y son tantas las miserias
en que me he sabido ver,
que con tanto padecer
y sufrir tanta aflicción,
malicio que he de tener
un callo en el corazón.

Ansí andaba como guacho
cuando pasa el temporal —
supe una vez por mi mal
de una milonga que había,
y ya pa la pulpería
enderecé mi bagual.

Era la casa del baile
un rancho de mala muerte,
y se enllenó de tal suerte
que andábamos a empujones —
nunca faltan encontrones
cuando un pobre se divierte.

Yo tenía unas medias botas
con tamaños verdugones ¹ —
me pusieron los talones
con crestas como los gallos —
si viera mis afliciones
pensando yo que eran callos.

Con gato y con fandanguillo ²
había empezao el changango,
y para ver el fandango

me colé haciéndome bola —
mas metió el diablo la cola,
y todo se volvió pango ³.

Había sido el guitarrero
un gauchó duro de boca —
yo tengo pacencia poca
pa aguantar cuando no debo;
a ninguno me le atrevo,
pero me halla el que me toca.

A bailar un pericón
con una moza salí,
y cuando me vido allí
sin duda me conoció —
y estas coplitas cantó
como por raírse de mí:

«Las mujeres son todas
como las mulas —
yo no digo que todas,
pero hay algunas
que a las aves que vuelan
les sacan plumas.»

«Hay gauchos que presumen
de tener damas —
no digo que presumen,
pero se alaban,
y a lo mejor los dejan
tocando tablas.»

Se secretiaron las hembras —
y yo ya me encocoré —
volí la anca y le grité:
«Deja de cantar..., chicharra»,
y de un tajo, a la guitarra
tuitas las cuerdas corté.

Al punto salió de adentro
un gringo con un jusil —
pero nunca he sido vil,
poco el peligro me espanta —
yo me refalé la manta
y la eché sobre candil.

Gané en seguida la puerta
gritando: «Naides me ataje»,
y alborotao el hembraje⁴,

lo que todo quedó oscuro,
empezó a verse en apuro
mesturao con el gauchaje.

El primero que salió
fué el cantor y se me vino —
pero yo no pierdo el tino
aunque haiga tomao un trago —
y hay algunos por mi pago
que me tienen por ladino.

No ha de haber achocao otro —
le salió cara la broma;
a su amigo cuando toma
se le despeja el sentido,
y el pobrecito había sido
como carne de paloma.

Para prestar un socorro
las mujeres no son lerdas —
antes que la sangre pierda
lo arrimaron a unas pipas —
ay lo dejé con las tripas
como pa que hiciera cuerdas.

Monté y me largué a los campos
más libre que el pensamiento,
como las nubes al viento
a vivir sin paradero,
que no tiene el que es matrero
nido, ni rancho, ni asiento.

No hay fuerza contra el destino
que le ha señalao el Cielo —
y aunque no tenga consuelo
aguante el que está en trabajo —
¡naides se rasca pa abajo,
ni se lonjea contra el pelo!

Con el gaucho desgraciao
no hay uno que no se entone —
la menor falta lo expone
a andar con los avestruces —
faltan otros con más luces
y siempre hay quien los perdone.

NOTAS

¹ **Verdugón.** — Arruga, bulto informe.

² **Gato y fandanguillo.** — Bailes populares.

Las trovas campesinas americanas son cuartetos en romance asonantado.

Las décimas no se estilaban sino en composiciones breves de amor y en felicitaciones. Las coplas aconsonantadas son trasahumantes, de procedencia literaria.

La música de todas ellas participa de la sincopa española de las jotas y aires andaluces, si bien en algunas mucho más marcadas que en éstos. El modo menor es el predominante, y por tanto muy rico en sonidos, pues procede por la escala melódica a la armónica y la eólica, siendo muy transitorios los pasos al mayor.

Es, en suma, música de muchos encantos, aunque resulta incoherente y ñoña al amoldarse a las reglas de los preceptistas.

La mayor parte de los cantares acompañan los «bailes de dos» (de una sola pare-

ja), como llaman en estas Repúblicas australes a bailes como el *gato*, el *remedio*, el *prado*, el *correntino*, la *huella*, el *cómo* y el *cuándo*, etc.

De todas estas danzas, la única que se conserva y practican todos es el *gato*, especie de fandango argentino, primo hermano de la *cueca* chileno-peruana; y digo que se conserva, porque ya han tomado afición en Buenos Aires a las polcas, mazurcas y *puro corte*. Los demás bailes, así los supracitados como el *pericón*, el *cielito* y la *galopa*, cayeron en desuso, si bien no faltan tradicionalistas que guardan la tonada y la métrica de los versos con que aquéllos se acompañaban. Algunas de estas trovas siguen el giro melódico del canto llano, hasta el punto que algún motivo ofrecen al observador las cadencias majestuosas del «prefacio».

La expresión de muchas de las coplas es vigorosa, original el giro de la frase, y nuevas y hasta sorprendentes las imágenes con que dan formas tangibles al pensamiento. Así es la verdadera poesía popular, la poesía del alma. ¡Cuántos volúmenes de necedades brillantes hay en las

bibliotecas, cuyo jugo exprimido no vale el pensamiento y la ternura de estos pocos versos!...

³ **Volverse pango.** — Alborotarse el cotarro.

⁴ **Hembraje.** — El mujerio.

XII

Yo no sé qué tantos meses
esta vida me duró;
a veces nos obligó
la miseria a comer potro —
me había acompañado con otros
tan desgraciaos como yo.

Mas ¿para qué platicar
sobre esos males — canejo!
Nace el gaucho y se hace viejo,
sin que mejore su suerte,
hasta que por ay la muerte
sale a cobrarle el pellejo.

Pero como no hay desgracia
que no acabe alguna vez,
me aconteció que después

de sufrir tanto rigor,
un amigo, por favor,
me compuso con el juez.

Le alvertiré que en mi pago
ya no va quedando un criollo;
se los ha tragao el oyo,
o juido o muerto en la guerra,
porque, amigo, en esta tierra
nunca se acaba el embrollo.

Colijo que jué por eso
que me llamó el juez un día,
y me dijo que quería
hacerme a su lao venir,
y que dentrase a servir
de soldao de polecía.

Y me largó una ploclama
tratándome de valiente,
que yo era un hombre decente,
y que dende aquel momento
me nombraba de sargento
pa que mandara la gente.

Ansí estuve en la partida,
pero ¿qué había de mandar?
Anoche al irlo a tomar
vide güena coyuntura —
y a mí no me gusta andar
con la lata a la cintura ¹.

.....
.....

Ya conoce, pues, quién soy,
tenga confianza conmigo;
Cruz le dió mano de amigo
y no lo ha de abandonar —
juntos podemos buscar
pa los dos un mesmo abrigo.

— Andaremos de matreros,
si es preciso, pa salvar —
nunca nos ha de faltar
ni un güen pingo para juir,
ni un pájal ande dormir,
ni un matambre ² que ensartar.

Y cuando sin trapo alguno
nos haiga el tiempo dejao —

yo le pediré emprestao
el cuero a cualquiera lobo,
y hago un poncho, si lo sobo,
mejor que poncho engomao.

Para mí la cola es pecho
y el espinazo cadera —
hago mi nido ande quiera
y de lo que encuentro como —
me echo tierra sobre el lomo
y me apeo en cualquier tranquera ³.

Y deajo rodar la bola,
que algún día se ha de parar —
tiene el gaucho que aguantar
hasta que lo trague el oyo —
o hasta que venga algún eriollo
en esta tierra a mandar.

Lo miran al pobre gaucho
como carne de cogote;
lo tratan al estricote —
y si ansí las cosas andan,
porque quieren los que mandan
aguantemos los azotes.

¡Pucha! — si usted los oyera,
como yo en una ocasión,
tuita la conversación
que con otro tuvo el juez —
le asiguro que esa vez
se me achicó el corazón.

Hablaban de hacerse ricos
con campos en la frontera —
de sacarla más ajuera,
donde había campos baldidos —
y llevar de los partidos
gente que la defendiera.

Todos se güelven proyectos
de colonias y carriles —
y tirar la plata a miles
en los gringos enganchaos,
mientras al pobre soldao
le pelan la chaucha ⁴ — ¡ah, viles!

Pero si siguen las cosas
como van hasta el presente,
puede ser que de repente

veamos el campo desierto,
y blanqueando solamente
los güesos de los que han muerto.

Hace mucho que sufrimos
la suerte reclusiva —
trabaja el gaucho y no arriba,
porque a lo mejor del caso
lo levantan de un sogazo
sin dejarle ni saliva.

De los males que sufrimos
hablan mucho los puebleros,
pero hacen como los teros⁵
para esconder sus niditos:
en un lao pegan los gritos
y en otro tienen los güevos.

Y se hacen los que no aciertan
a dar con la coyuntura —
mientras al gaucho lo apura
con rigor la autoridá,
ellos a la enfermedá
le están errando la cura.

NOTAS

¹ **Con la lata a la cintura.** — Con el sable.

² **Matambre.** — Carne valiente del costillar.

³ **Tranquera.** — Talanquera o portillo de un campo alambrado.

⁴ **Pelar la chaucha.** — Maltratar, pegar.

⁵ **Tero.** — Especie de ave fria o frailecillo de la pampa.

123456789

XIII

Martín Fierro.

Ya veo que somos los dos
astillas del mismo palo —
yo paso por gaucho malo
y usté anda del mismo modo,
y yo pa acabarlo todo
a los indios me refalo.

Pido perdón a mi Dios,
que tantos bienes me hizo —
pero dende que es preciso
que viva entre los infieles —
yo seré cruel con los crueles —
ansí mi suerte lo quiso.

Dios formó lindas las flores,
delicadas como son —
les dió toda perfección

y cuanto Él era capaz —
pero al hombre le dió más
cuando le dió el corazón.

Le dió claridá a la luz,
juerza en su carrera al viento,
le dió vida y movimiento
dende el águila al gusano —
pero más le dió al cristiano
al darle el entendimiento.

Y aunque a las aves les dió,
con otras cosas que inoro,
esos piquitos como oro
y un plumaje como tabla —
le dió al hombre más tesoro
al darle una lengua que habla.

Y dende que dió a las fieras
esa juria tan inmensa,
que no hay poder que las vensa
ni nada que las asombre —
¿qué menos le daría al hombre
que el valor pa su defensa?

Pero tantos bienes juntos
al darle, malicio yo
que en sus adentros pensó
que el hombre los precisaba,
pues los bienes igualaba
con las penas que le dió.

Y yo empujao por las mías
quiero salir de este infierno —
ya no soy pichón muy tierno
y sé manejar la lanza —
y hasta los indios no alcanza
la facultá del Gobierno.

Yo sé que allá los caciques
amparan a los cristianos,
y que los tratan de «hermanos»
cuando se van por su gusto —
¿a qué andar pasando sustos? ...;
alcemos el poncho y vamos.

En la cruzada hay peligros,
pero ni aun esto me aterra —
yo ruedo sobre la tierra

arrastrao por mi destino —
y si erramos el camino...
no es el primero que lo erra.

Si hemos de salvar o no —
de esto naides nos responde;
derecho ande el Sol se esconde
tierra adentro hay que tirar;
algún día hemos de llegar,
después sabremos adónde.

No hemos de perder el rumbo,
los dos somos güena yunta —
el que es gaucho va ande apunta,
aunque inore ande se encuentra;
pa el lao en que el Sol se dentra
dueblan los pastos la punta.

De hambre no pereceremos,
pues, sigún otros me han dicho,
en los campos se hallan bichos
de lo que uno necesita... :
gamas, matacos, mulitas,
avestruces y quirquinechos.

Cuando se anda en el desierto
se come uno hasta las colas —
lo han cruzao mujeres solas
llegando al fin con salú,
y ha de ser gaucho el ñandú
que se escape de mis bolas.

Tampoco a la sed le temo,
yo la aguanto muy contento;
busco agua olfatiando al viento,
y dende que no soy manco,
ande hay duraznillo blanco
cavo, y la saco al momento.

Allá habrá siguridá,
ya que aquí no la tenemos;
menos males pasaremos,
y ha de haber grande alegría
el día que nos descolguemos
en alguna toldería.

Fabricaremos un toldo,
como lo hacen tantos otros,
con unos cueros de potro,

que sea sala y sea cocina —
¡tal vez no falte una china
que se apiade de nosotros!

Allá no hay que trabajar,
vive uno como un señor —
de cuando en cuando un malón,
y si de él sale con vida,
lo pasa echao panza arriba
mirando dar güelta al Sol.

Y ya que a juerza de golpes
la suerte nos dejó aflús ¹,
puede que allá veamos luz
y se acaben nuestras penas —
todas las tierras son güenas,
¡vámonos, amigo Cruz!

El que maneja las bolas,
el que sabe echar un pial
y sentársele a un bagual
sin miedo de que lo baje,
entre los mismos salvajes
no puede pasarlo mal.

El amor, como la guerra,
lo hace el criollo con canciones —
a más de eso en los malones
podemos aviarnos de algo;
en fin, amigo, yo salgo
de estas pelegrinaciones.»

.....
.....
.....
.....

En este punto, el cantor
buscó un porrón pa consuelo,
echó un trago como un cielo,
dando fin a su argumento;
y de un golpe, el instrumento
lo hizo astillas contra el suelo.

«Ruempo — dijo — la guitarra
pa no volverme a tentar;
ninguno la ha de tocar,
por siguro tenganló;
pues naides ha de cantar
cuando este gaucho cantó.

Y daré fin a mis coplas
con aire de relación;
nunca falta un preguntón
más curioso que mujer,
y tal vez quiera saber
cómo jué la conclusión.

Cruz y Fierro de una estancia
una tropilla se arriaron—
por delante se la echaron
como criollos entendidos,
y pronto, sin ser sentidos,
por la frontera cruzaron.

Y cuando la habían pasao,
una madrugada clara
le dijo Cruz que mirara
las últimas poblaciones,
y a Fierro dos lagrimones
le rodaron por la cara.

Y siguiendo el fiel del rumbo
se entraron en el desierto—
no sé si los habrán muerto

en alguna correría,
pero espero que algún día
sabré de ellos algo cierto.

Y ya con estas noticias
mi relación acabé;
por ser ciertas las conté
todas las desgracias dichas —
es un telar de desdichas
cada gaucho que usted ve.

Pero ponga su esperanza
en el Dios que lo formó,
y aquí me despido yo,
que he relatao a mi modo
males que conocen todos,
pero que naides cantó.²

NOTAS

¹ **Aflús.** — Limpio, sin nada.

² Hay dos elementos psicológicos que definen al gaucho: la conciencia de su valor personal y el vuelo de su fantasía.

El gaucho se cree invencible en plena pampa: de ahí la confianza en el éxito y la serenidad en el peligro. El caballo con su vigor y ligereza, la pampa con su inmensidad, han acentuado ese rasgo gráfico de su fisonomía moral. A la misma causa obedece ese poder extraordinario de imaginación que casi absorbe las otras facultades de su ser.

El valor en el gaucho no es una impuición orgánica, no es un arrebató sangüíneo, no es un deber moral, no es una virtud cívica: es un vuelo de su fantasía, un halago de su orgullo, una necesidad de su espíritu. Así fueron los galos, los normandos, los astures y todas las razas viriles a las que la vida sedentaria y los vicios sociales desmedraron después, pero que en los albores de su civilización estaban fa-

miliarizadas con el impetu de los huracanes, con la soberbia del mar o con la lucha con las fieras.

El gaucho es ingénita y naturalmente poeta y soñador. No hay en el horizonte que le rodea un solo objeto que no le hable: el relincho del caballo, el bramido del toro, el canto del ave, el chirrido del insecto, el murmurio del arroyo, el sabor del pasto, hasta el rayo tenue de la luz de una estrella; todo es para él un consejo, una lección, un asunto emotivo.

La pampa es su cátedra y su altar. El gaucho es a un tiempo místico y escéptico, espiritualista y materialista. En moral, egoísta o filántropo; en política, casi siempre demagogo.

El predominio de la fantasía y la contemplación del infinito le inclinan a la epopeya; la lucha contra los estatutos civiles le obligan al drama de la vida. Centauro de la llanura, tiene todos los instintos y cualidades del hombre libre.

El amor es el elemento de su vida social, pero para él casi nunca es un sentimiento, ni un hecho capital de su vida: es un capricho, la aventura de un día.

Hay gauchos malos: nómadas, cuatrerros y peleadores, verdaderamente terribles, porque la miseria y el continuo peligro en que se encuentran despiertan en ellos los instintos del desierto: la soledad y la independencia. El gaucho porteño que ha vivido en íntimo contacto con los indios, aliándose con sus hijas y viviendo en sus tolderías, ha tomado de ellos sus armas: el lazo y las bolas y el clásico *chiripá*. Su carácter ofrece una mezcla de bien y de mal, de vicios sin freno y de cualidades meritorias. Es indolente, penden-ciero, borracho, cruel, orgulloso y temerario; pero sufrido, sobrio, hospitalario y fiel hasta la muerte a un amigo o patrón de su agrado. Por un quitame allá estas pajas, anda a cuchilladas; a lo que contribuye no poco el que desde su infancia tiñe las manos en sangre de animales en las matanzas o *carneadas* de hacienda, acostumbrándose después sin gran trabajo al color de la púrpura humana.

La psicología completa del gaucho la encuentro tan parecida a la del indio araucano, tal como la pinta Tomás Guevara en su *Folklore araucano*, que no haré sino

parafrasear lo que del mapuche escribe el autor chileno.

En las contiendas corrientes de los caminos, en los encuentros de hombre a hombre en que el gaucho se halle solo y necesite tomar una resolución, su arrojo disminuye notablemente. Las actitudes heroicas en las peleas se explican por su afán de singularizarse.

La imprevisión, rasgo inherente a las sociedades bárbaras, entra en cantidad muy marcada en la psicología gaucha. Las funciones intuitivas y genésicas dominan por completo en su vida material y afectiva.

Los móviles de todos los gauchos *malebos* o matreros tienen por fin principal robar animales y, por consiguiente, comida. Hasta la hospitalidad que se dispensa entre ellos, con gasto de provisiones, obedece en el fondo al propósito del resarcimiento recíproco o mayor. Las privaciones estimulan el placer digestivo y contribuyen al exceso de carne cuando la ocasión se presenta. El modo que comen es asentados a la redonda del fogón en el rancho, o, si son muchos, a la resolana en corro.

A estas comilonas accidentales agregan el consumo de bebidas embriagantes y del tabaco.

Causas de su excitación sexual son las múltiples fiestas a que concurren a comer y beber los dos sexos, las condiciones de vida íntima en habitaciones comunes y la libertad sin miramientos de la mujer sin decoro.

En las otras provincias argentinas, donde el campesino es fruto híbrido de la raza indígena que dobló el cuello a la esclavitud, el gaucho, aunque de costumbres parecidas al porteño, dista mucho de éste, el verdadero tipo de la *cavallería rusticana* en estos países.

Lo que escribe Fabo del llanero del Casanare lo aplico también al gaucho del Plata.

La influencia del caballo en la evolución del gaucho del Sur y del llanero del Norte, dos tipos étnicos de semejanza absoluta, se halla especialmente reconocida: por Humboldt, cuando se deja decir «que si antes de la conquista los indígenas del Orinoco hubieran tenido caballos y ganados, habrían invadido y subyugado las

altas regiones»; y por Ramos Mejía: «La influencia del caballo ha sido tal, que en los países que no lo poseen en abundancia, como en Bolivia y en el Ecuador, las indiadadas conservan su carácter secular.» (*Rosas y su tiempo.*)

La llanura y el caballo, tanto en la Argentina como en Venezuela y Colombia, han determinado, pues, diferencias profundas en el desenvolvimiento político y social de esas regiones americanas, no obstante haber estado regidas por un sistema de dominación uniforme. El gaucho, por consiguiente, es lo que es por el caballo. Sin este auxiliar degeneraría en labrador sedentario, y en lugar de comer carne comería frijoles o maíz, como el indio serrano.

Tampoco es la pampa lo que muchos se figuran: algo así como la estepa rusa o la pusta húngara. La pampa es la pradera argentina, inmensa, llana, uniforme; *la tierra aguardando todavía que se le mande producir las plantas y los árboles.* (Sarmiento.)

El agreste pajonal sofoca en las partes incultas todo principio de vegetación; en

otras, un verde manto de pastos jugosos tapiza la planicie y da sustento a los ganados. A pocas leguas de Buenos Aires cabe admirar, como espectáculo único en su género, estas sabanas inmensas sin un árbol, sin un arbusto, en las que sólo crecen amarillos pajonales y el pasto de las gramíneas; ni más cuadrúpedos que caballos, vacas y ovejas en libertad. Más afuera es el dominio de los venados y avestruces, en pos de los cuales corre a caballo el gaucho cazador.

Las lagunas, ya naturales, ya alimentadas por las nubes, son de inmensa utilidad para los ganados, que se mueren a millares si, por falta de lluvias, ellas se secan. En estos lagos y lagunas abundan las aves acuáticas, como flamencos, cisnes, galletas, patos y cisnes, todas ellas en amigable sociedad con los *chajás* y *terósteros*, famosas aves pampeanas de las que se habla en *Martín Fierro*.

FIN

Lamartine	86
Séneca.—Tragedias ..	87
Dickens.....	89
Antología griega.....	92
Rousseau.....	93
La Musa Helénica.....	95
El Diablo Cojuelo.....	96
Cantares populares.....	97
Poesías ascéticas y religiosas.....	98
Terencio.—Comedias..	99
Quintana.—Don Álvaro de Luna.....	100
Augusto Barbier.....	101
Pedro M. ^a Barrera.....	102
El día de fiesta por la mañana y por la tarde.....	103
Maria de Zayas y Sotomayor.—Novelas..	104
Tirso de Molina.—El Burlador de Sevilla y Convidado de Piedra.....	105
Ollantay.—Drama en verso quechúa.....	106
Diderot.—La religiosa. No es un cuento.....	107
Sófocles.—Filotectes (tragedia).—Juvenal. Sátiras.....	108
Goethe.—Fausto... 109 y 110	
Modelos de literatura china.....	111
Edgardo Poe.....	113
Virtud al uso y mística a la moda.....	114
Obras escogidas del Padre Feijóo.....	115
Plauto y su teatro... ..	116
Miscelánea de Autores españoles.....	...
Poesías sueltas.....	...
Manuel Q.....	...
Don Miguel.....	...

tos Álvarez.—Tentativas literarias. 119-120-122	
G. Belmonte Müller.	121
El abate Prévost.—Mannon Lescant	123
Erckmann Chatrian.—La señora Teresa.....	124
Julia de Asensi.—Novelas cortas.....	125
Goya.....	126
Edgar Quinet.—Ahasvérus.....	127 y 128
Gutiérrez de Alba.—Poemas y leyendas. 129-130	
Cuentos de Perrault....	131
Biografía de Colón....	132
Cervantes.—Entremeses.....	134
Campoamor.—El Drama Universal.....	135
Sánchez Pérez.—Actualidades de antaño... ..	137
Viajes de Gulliver a diversos países remotos. 139-140	
Aventuras de Robinsón Crusoe.....	141-142
Duque de Rivas.—El Moro Expósito ...	143-144
Tirso de Molina.—El Vergonzoso en Palacio.....	145
Voltaire.—Cándido o el optimismo.....	146
Juan de Timoneda.—El Patrañuelo.....	147
Moratin.—Poesías.....	148
Alocuciones militares..	149
Fray Luis de Granada. Sermones.....	150
.....	151
.....	152 y 154
Qui.....	153

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



1105838214